

# Exposición de la moral cristiana.

## Sobre la acomodación al tiempo presente

«En los tratados recientes [de moral] la caridad ocupa un puesto desacostumbrado, que contrasta singularmente con la importancia que le dan las fuentes reveladas. En efecto, la caridad debe inspirarnos en todo y animar cada una de nuestras virtudes. Pero esto deja escaso lugar a la casuística que impone su criterio en todo. Por añadidura, las pocas páginas que se le dedican están penetradas de este principio rector: «*caritas non obligat cum tanto incommodo*, la caridad no obliga con un inconveniente tan grande». Con estas palabras, bien poco halagüeñas para los autores de Manuales de teología moral, remata F. Delhaye el reproche de «trasnochados» que lanza contra los textos que sirven de base a la enseñanza de la moral, pese a la fecha reciente que se haya estampado en su pie de imprenta<sup>1</sup>.

Tal reproche se va repitiendo con una insistencia fastidiosa, a veces rayana en caricatura y en calumnia. Y acaso somos los mismos moralistas los que hemos dado vuelos a la inquietud superficial del vulgo, para que agite bandera revisionista y pida que se organice de otra manera la exposición de la moral.

Fué el profesor de la Universidad de Friburgo, Domingo Prümmer, O. P., el que, refiriéndose a los moralistas-canonistas, dijo que «se consagran tan por entero a enumerar, distinguir, ponderar, medir los pecados, que su teología moral ya no es otra cosa que un elenco o *Código de pecados*... atento únicamente a mostrar el punto rasante con el pecado que se puede alcanzar sin pecar». Y describiendo el método casuista, seguido, según él, incluso por Diana, Escobar y Busenbaum, el mentor de S. Alfonso M.<sup>o</sup> de Ligorio, dice que «no sin atinado gracejo se le ha llamado Patología espiritual o también Ciencia de los pecados»<sup>2</sup>.

Naturalmente él aspira en su Manual a superar esa situación deplorable de la teología moral, ahondando en los principios y atendiendo

<sup>1</sup> *La Théologie morale d'hier et d'aujourd'hui*: Revue des sciences religieuses 27 (1953) 121.

<sup>2</sup> *Manuale theologiae moralis*, I. Prologus y n. 9.

a las virtudes. Y, prescindiendo de comparaciones con los casuistas a los que deja tan malparados, hemos de reconocer que su obra no es una Patología espiritual. Sin embargo, él con Merkelbach, entre los Frailes Predicadores, y Noldin con Vermeersch, entre los Jesuitas, son los cuatro nombres más recientes que cita Delhaye como autores de «Manuales que sirven de base a la enseñanza de la moral». En una enumeración algo más completa sería imprescindible mencionar también a Genicot-Salsmans, Marc-Raus, Aertnys-Damen, Piscetta-Genaro, Iorio, dejando otros menos difundidos. Pues bien, sobre todos ellos recae la nota de trasnochados, «démodés», con que los ha caracterizado el citado articulista.

O sea, que ni los casuistas de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, ni estos cuatro «grandes nombres» que junto a Gury, Lehmkühl y Bouquillon menciona honoríficamente el artículo que comentamos, logran exponer la moral en forma satisfactoria para las exigencias de nuestros tiempos. Esta es la acusación. «Podrá parecer presuntuosa», apunta Delhaye; «lo sería ciertamente si me manifestara yo solo—y sobre todo yo el primero—en tal sentido». Pero, en prueba de que no anda solo, cita en nota a G. Thils, F. Tillmann, J. Leclercq y G. Gilleman. De esta suerte quiere dejar reforzada la impresión de que es menester inyectar nuevo espíritu a la exposición de la moral, para que «haga todos los progresos que se pueden esperar de ella».

\* \* \*

Hemos insinuado que tal vez toca a los mismos moralistas una parte de responsabilidad en el ambiente formado respecto a la inadaptación en la enseñanza de la teología moral. Acaso se ha insistido demasiado por nuestra parte en la necesidad de reorganizar el aprendizaje de la moral, encuadrando sus enseñanzas en el marco de las virtudes teologales y cardinales según la pauta trazada por Sto. Tomás en su síntesis genial. Acaso se ha exagerado la dificultad de exponer los deberes cristianos y el ejercicio de las virtudes evangélicas en el llamado «sistema de los mandamientos», que señala «el movimiento de la creatura racional hacia Dios»—normado previamente con la ley desde fuera y por la conciencia desde dentro—con los hitos de los diez mandamientos del decálogo y de los diversos preceptos de la Iglesia.

En nuestra *Theologiae Moralis Summa*, I, 742, escribimos a este propósito: «en los últimos siglos ha prevalecido la ordenación de la materia en torno a los preceptos en cuanto que prohíben los vicios y prescriben las virtudes... Se debe reconocer que la ordenación en torno a las tres virtudes teologales y a las cuatro cardinales, según la hizo Sto. Tomás, es más científica y se presta mejor para la exposición doctrinal. Porque en el sistema de los mandamientos existen varios puntos que se encajan con cierta arbitrariedad en uno u otro precepto, y virtudes que bajo diversos aspectos se tienen que referir

a diversos mandamientos; pero sobre todo hay peligro de hacer una exposición incompleta, dando realce a la consideración de los pecados con detrimento de las virtudes y consejos o enturbiando la idea de la moral positiva, al especificar con menor ambientación la moralidad de los actos». Sin embargo, las razones prácticas obvias nos indujeron a mantener el sistema de los mandamientos, como más apto para la predicación y catequesis, y más útil para examinar la conciencia y ayudarse en orden al tribunal de la penitencia. No por eso renunciábamos a preparar un texto de Moral positiva, fautora de virtudes cristianas tanto o más que delimitadora de pecados, lo mismo que los manuales que siguen, como Prümmer, Merkelbach y Vermeersch, el «sistema de las virtudes», en la creencia de proponer una moral evangélica.

Pero se multiplican los dicitos contra los Manuales de Teología moral en uso y se menosprecian los esfuerzos y las aportaciones hechas en lo que va de siglo en obras tan valiosas como las de los autores citados por Delhaye y otros muchos, entre los cuales conviene destacar a Ballerini-Palmieri con su *Opus theologicum morale*, de corte clásico.

Y creemos que se debe salir al paso de tales dicitos, sobre todo cuando surgen en el propio campo, y decir francamente que el fin primordial de preparar confesores y directores de almas, al que atienden nuestros textos de teología moral, no puede lograrse sino con Manuales al estilo de los citados, a los cuales hay que sumar los de Ferreres-Mondría, Peinador y Regatillo-Zalba entre los más conocidos en España. Observa atinadamente el P. Zeiger: «¿Qué ayuda prestaría al confesor un moralista que se limitara a exponer sabia y profundamente los principios abstractos, generales, especulativos; que exaltara ideas religiosas y morales todo lo verdaderas y arrebatadoras que se quiera, pero del todo extrañas a la vida cotidiana de los fieles, si no enseñara también a los confesores lo que en cada caso es válido o inválido, lícito o ilícito, lo que se debe urgir con obligación grave o leve, lo que es materia de solo consejo?»<sup>3</sup>.

Delhaye termina su caricatura del tratado sobre la caridad, tal como dice que se desarrolla en los libros de moral, con estas palabras: «... la caridad no obliga con tal inconveniente. Esto es verdad, acaso, en ciertas coyunturas; y ello permite medir las responsabilidades y grados de culpabilidad. Pero ¿será verdad que Nuestro Señor vió las cosas bajo ese ángulo? ¿No nos ordenó, más bien, que demos la vida por nuestros hermanos? Después de todo tal prescripción tiene su inconveniente...».

---

<sup>3</sup> *De conditione theologiae moralis hodiernae*: PerMorCanLit 28 (1939) 182-183.

Creemos que un anhelo excelente nos está llevando a extremos censurables. Las imputaciones hechas en el siglo pasado a la moral casuista con el mejor celo y recta intención, tuvieron el feliz resultado de teologizar más nuestra moral, volviendo a estrechar sus lazos con el dogma, con el que forma una ciencia única de la misma especie. Todavía no hemos llegado al ideal. Concedemos a Delhaye que la Sagrada Escritura y la doctrina patrística tienen que estar más presentes en nuestros Manuales. Pero ya no hay Manuales morales a los cuales se les pueda poner sin gran injusticia el rótulo de «Patología espiritual». El afán de actualizar la moral, superando los Manuales *démodés*, pasados de moda, que muestra Delhaye, puede prosperar enhorabuena fuera de las clases de teología; pero a condición de que la formación moral de nuestros futuros sacerdotes siga inspirándose ante todo en los textos acreditados por el uso.

En este sentido queremos hacer algunas reservas, como reacción obligada a las que creemos exageraciones de una tendencia bien intencionada, que nosotros mismos participamos en buena parte y hemos favorecido más de una vez de palabra y por escrito. Sin duda que no pondríamos tanta sordina en nuestras observaciones, si no estuviéramos en ambiente de controversia. Pues, como decimos, estamos de acuerdo con los que vamos a impugnar en la tendencia general y en el criterio que la anima; pero disintimos en la manera de defenderla y llevarla a la práctica. Incluso vemos en ella, aparte de las exageraciones e incluso falsedades, un clima apto para ciertas manifestaciones de existencialismo moral.

Dos son los puntos que queremos considerar y puntualizar: moral evangélica y prudencia cristiana. ¿Hasta qué límite tienen que atenderse en nuestros Manuales los valores específicamente cristianos de las virtudes? ¿Cuál es la norma que se debe aplicar para la formación de la conciencia en los casos dudosos; la de un probabilismo minimalista, sin alientos de virtud, o la de una prudencia cristiana, atenta a lo más razonable según el plan de Jesucristo? Juzgamos que son las dos cuestiones más socorridas de estos últimos años, cuando se habla de la exposición y enseñanza de la moral cristiana. Por ahora nos circunscribimos a la segunda.

\* \* \*

Aunque todavía está por escribirse la historia de la teología moral, es de sobra conocido que nuestra asignatura se fué separando gradualmente, primero del derecho canónico y luego del dogma, hasta constituirse en una disciplina especial desde mediado el siglo XV. Y es curioso advertir que las razones que determinaron su total separación del dogma se derivaban precisamente de la necesidad de atender a los problemas que la descristianización progresiva planteaba a los pastores de almas y confesores.

El influjo del humanismo y en general del renacimiento en las ideas morales, el libertinaje a través de la literatura y del arte suplantó al pudor y a la castidad cristiana, que resplandecieran en la edad media; las aspiraciones llenas de egoísmo y ambición individual que iban ahogando los sentimientos medievales sobre el honor personal, la fidelidad, la rectitud, la caridad social, floración envidiable de las instituciones feudales impregnadas de espíritu evangélico, obligaron a los moralistas a concretar, puntualizar y acomodar a las necesidades del momento la doctrina que cristalizó en los tratados del quinto, sexto y octavo mandamiento, como una necesidad para el ministerio pastoral. Y en semejantes circunstancias, al evolucionar la economía y adquirir proporciones insospechadas el comercio y la vida de los negocios, tuvieron que recurrir los moralistas al estudio del derecho romano, admitido por entonces en todas partes, para suplir la insuficiencia de las instituciones jurídicas medievales, y se vieron obligados a considerar los fenómenos económico-sociales, a fin de poder ilustrar eficazmente a los fieles y señalarles criterios bien definidos para las nuevas situaciones y conflictos concretos de conciencia.

Así se desarrollaron desde S. Antonino a nuestros autores geniales del siglo XVII aquellos tratados *De iustitia et iure* que aún tienen muchísimo que enseñar. Lo mismo habríamos de decir sobre las exposiciones acerca de los tiempos sagrados con sus obligaciones de oír misa, observar el descanso dominical, ayunar y guardar abstinencia, etc. Dentro de la exposición científica de la moral cristiana fueron adquiriendo los contornos de una moral casuista a medida que decrecía la religión en los pueblos y se multiplicaban las transgresiones con el menosprecio y descuido de las virtudes.

Debieran tenerlo presente los que con tanto afán propugnan una renovación fundamental en la manera de exponer la teología moral en nuestros libros de formación. Fueron las necesidades prácticas de una sociedad que se descristianizaba, las exigencias de una vida económico-social que rompía los moldes cerrados del medioevo y el influjo inevitable del derecho tanto canónico como civil en los aspectos y problemas morales de la vida los que pusieron en evidencia la inadaptación y la insuficiencia de la moral dogmática y kerigmática de los siglos anteriores; que, por demasiado dogmática no se adaptaba con la suficiente concreción a las formas y problemas nuevos de la vida moderna, y por kerigmática no estaba a tono con el ambiente paganizador. Pues antes de proponer parenéticamente el ideal de virtud y entusiasmar con las bellezas de la vida sobrenatural y excitar a su práctica, según pudo hacerse en los siglos medievales, había que despertar las conciencias, ponerles delante de los ojos bien definidas las trasgresiones, graves o leves—porque el cinismo de muchos así lo exigía al fallarles el impulso para la perfección y contentarse con vegetar en una vida de gracia languideciente—y por consiguiente ana-

tomizar los pecados, dando la impresión de haber degenerado en un minimalismo moral inadmisibile.

Si no nos equivocamos, las circunstancias actuales no son muy distintas de las que hicieron bajar a la ciencia moral de las alturas dogmáticas, entorpeciendo al mismo tiempo su ritmo kerigmatizante en laberintos de aplicaciones concretas. Por consiguiente, habremos de proceder con cautela en nuestros afanes actuales de trazar nuevos derroteros a la enseñanza de la moral cristiana. Y mucho más si esa novedad consiste fundamentalmente en volver a la postura que, por anacrónica e inadaptada a las necesidades de estos tiempos, hubo que abandonar hace cuatro siglos.

Con estas ideas generales pasemos a considerar las proposiciones y realizaciones que se han hecho estos dos últimos decenios en punto a renovar la enseñanza de la moral cristiana.

\* \* \*

a) Federico Tillmann, bien fundado en la teología bíblica del Nuevo Testamento, hizo la primera tentativa de renovar la exposición de la moral, destacando como idea central de su sistematización la de la *Imitación de Jesucristo*<sup>4</sup>. Estudiándolo a través de los Evangelios y de las Epístolas, describe el carácter moral de Jesucristo y nos lo propone como modelo que imitar, manifestándonos los preceptos que rigen en la ley cristiana ilustrados con la propia vida de Jesucristo, con sus sentimientos y con su doctrina luminosa. En ese ambiente no resulta hacer distinciones entre preceptos rigurosos y consejos recomendados; todo se nos propone en la coherencia vital interna que ofrece en la vida del Señor, que, sin distinciones, invitó a todos a una imitación generosa de su conducta: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que disfrutará la iluminación de la vida» (S. Juan 8, 12).

La obra de Tillmann es, sin duda, muy apta para mover a personas que tratan de virtud, facilitando a los predicadores la labor de procurarlo así en sus sermones catequéticos. Pero a los confesores les ayudará muy poco, abstrayendo como abstrae casi por completo de aplicaciones casuísticas y de complicaciones del deber moral por causa de las normas jurídicas positivas.

\* \* \*

---

<sup>4</sup> F. TILLMAN, *Handbuch der katholischen Sittenlehre*. Vol. III: *Die Idee der Nachfolge Christi* (Düsseldorf 1934). Vol. IV: *Die Verwirklichung der Nachfolge Christi* (ibid. 1935-1936). IDEM, *Der Meister ruft* (Ibid. 1937). El vol. III tuvo tercera reedición en 1949; el IV logró en 1950 la cuarta.

b) Casi por el mismo tiempo se dibujaba en Alemania y Bélgica otra tendencia, representada por Emilio Mersch y Constantino Noppel, a los que podemos añadir el nombre de Federico Jürgensmeier, si bien éste quiere mantenerse en el terreno ascético<sup>5</sup>.

La idea fundamental de estos autores parte de la consideración del cristiano como miembro del cuerpo místico de Jesucristo. No está solo en el mundo; no puede desentenderse de sus prójimos, con los que está unido. Su vida moral no responderá a su realidad sobrenatural, si se encierra en un individualismo que le aisle de la sociedad en que vive. Como en los problemas morales de justicia hemos logrado nueva luz y nuevas riquezas doctrinales con las llamadas de atención de los últimos Pontífices sobre las exigencias de la justicia social, así ganará mucho la teología moral considerando al hombre en la realidad del Cuerpo místico. En ella adquieren otra significación y otro alcance muchas de las actitudes individuales, como la profesión o negativa pública de la fe, la cooperación al pecado, el escándalo, la fidelidad a la palabra empeñada, la veracidad, etc.; y virtudes como la obediencia, la caridad y la justicia social, la obsequiosidad y la atención con los prójimos se realzan notablemente cuando el sujeto que las practica no lo hace pensando sólo en el bien personal de su alma, sino también en sus relaciones de miembro con otros miembros de un mismo cuerpo místico.

Como aspiración nos parece magnífica. Como realidad creemos que debe influir en perfeccionar la doctrina moral sobre las virtudes sociales, y va influyendo indudablemente sobre todo en la justicia social. Más aún; opinamos que en esta cuestión concretamente, por no influir la caridad, ni de lejos, lo que debiera, se progresa tan lentamente en la solución del problema social; pues más que la justicia, que mantiene las distancias y reaviva la conciencia de los derechos personales, ha de ser la caridad, que suaviza asperezas y une en comunidad de intereses, la que ha de proporcionar el remedio adecuado al mal que aqueja a la sociedad.

Pero nos parece que ahí se detiene el influjo bienhechor del dogma del Cuerpo místico en orden a la exposición de la moral. En plan ascético se puede escribir como Jürgensmeier y en plan pastoral como Noppel. Pero cuando se quiere bosquejar con Mersch una teología moral con la idea del Cuerpo místico como centro orientador, pierde el aspecto práctico y realista, del que no puede prescindir si ha de cumplir su cometido.

\* \* \*

---

<sup>5</sup> E. MERSCH, S. I., *Morale et corps mystique*<sup>3</sup> (París 1949); K. NOPPEL, S. I., *Aedificatio Corporis Christi. Aufriss der Pastoral* (Friburgo de Br. 1937); F. JÜRGENSMEIER, *Der mystische Leib Christi als Grundprinzip der Aszetik* (Paderbon 1933; 7.<sup>a</sup> edic. 1938).

c) Bélgica es uno de los países donde más preocupación se nota por la renovación de la enseñanza de la moral. Hace tres lustros compiló G. Thils en una obrita los resultados de una encuesta realizada entre varios representantes de la teología moral<sup>6</sup> acerca de sus tendencias actuales bajo el triple punto de vista de su organización científica, su presentación doctrinal y su formulación acomodada a las exigencias del mundo moderno. Allí propugnaba Thils una moral cristocéntrica, personalística, positiva, un poco existencialista, formulada concreta y dinámicamente, según el estilo y gusto modernos, que rehuyen la abstracción y persiguen el hecho concreto. Más que la ley, la tradición, la costumbre, etc., habría de ser en ella la personalidad misma del hombre, con su conciencia de cristiano, la que regulara los actos morales y, por supuesto, no en la forma negativa de un frenar y renunciarse ante lo vedado, sino en la de un impulso vital arrollador, que lanzara a ejecutar actos positivos de virtud para enriquecer interiormente al sujeto.

Diez años después de Thils escribía Leclercq otra obra, casi gemela, que hace dos años vió una versión española con el título de *La enseñanza de la moral cristiana*<sup>7</sup>. Aunque el contenido de nuestra moral, enseñada auténticamente por la Iglesia, sea inmutable, cabe sin duda adaptarla a las mentalidades y a los problemas del momento. Su exposición ha mirado demasiado al fin práctico de formar confesores. Por eso ha atendido excesivamente al pecado, descuidando otras exigencias. En vez de ser presentada en una forma estimulante, capaz de suscitar el entusiasmo cristiano, con la originalidad y novedad perenne que debiera tener el mensaje cristiano encarnado en la persona de Jesucristo—realización y personificación de la moral, la más perfecta que pueda imaginarse—se la presenta dando una impresión de cosa alejada de nuestra realidad de hoy, envejecida, que no prende, que no arrebatara, que no ilustra siquiera sobre algunos sectores de la vida actual. Debiera atender más a lo positivo, ser moral de la perfección, ofrecer en el primer plano las grandes orientaciones del cristianismo, penetrarse de los aspectos sociales del deber moral, abandonar buena parte del lastre casuístico, y, conforme al espíritu de nuestro tiempo, brindárenos en una síntesis de estructura orgánica.

Con las aspiraciones de Thils y Leclercq empalman bien las que propone Delhaye en el artículo arriba mencionado. También éste siente la necesidad de renovar la enseñanza de la moral cristiana, adaptándola a la actual coyuntura, que no es de cristiandad homogénea como en tiempos pasados. En primer lugar exige Delhaye que se utilicen más en la enseñanza de la moral la Sagrada Escritura y

<sup>6</sup> G. THILS, *Tendances actuelles en théologie morale* (Gembloux 1940).

<sup>7</sup> J. LECLERCQ, *L'enseignement de la morale chrétienne* (Paris, 1950). La traducción española fué publicada por Desclée (Bilbao 1952).

los documentos patrísticos, para convertirla en exposición de la imitación de Jesucristo, con menor adhesión al tinglado de las virtudes cardinales y más realce de virtudes específicamente cristianas como la pobreza, la humildad, etc. En segundo término se requiere una atención mayor a las inquietudes y problemas actuales: sacerdotes y religiosos, como suelen ser los moralistas, no prestan a los problemas del laicado toda la consideración que se merecen; junto a los problemas de justicia, deberían exponer la dignidad y el valor del trabajo humano; convendría que tuvieran una mentalidad suficientemente abierta para apreciar las realidades del matrimonio cristiano con mayor equilibrio, y así en otras cosas. Finalmente, la teología moral debe presentarse en forma kerigmática; no contentándose con censurar y curar, tiene que ilustrar y enseñar, tiene que desarrollar la doctrina en forma apta para servir inmediata y directamente a la predicación de los grandes principios de vida cristiana, en un lenguaje acomodado a los tiempos, sin perderse en torneos casuísticos.

No podemos por menos de reconocer en los tres autores citados la intención laudabilísima de promover una moral de cristianos activos; una inquietud alerta para descubrir las deficiencias, aunque no tanto para presentarles el remedio concreto eficaz; una viva sensibilidad para advertir los verdaderos problemas morales que surgen en la vida de hoy y un gran celo por que hallen solución; un amor sincero, ardiente y personal a Jesucristo y a su Iglesia. Los anima sin duda el noble afán de obtener mayor eficiencia para nuestro cristianismo y buscan la manera de conseguirlo en la fusión de las realidades dogmáticas con las exigencias morales: lo primero es existir y lo segundo obrar. Por la gracia sobrenatural el hombre es una criatura nueva, obtiene una vida nueva, se vigoriza con facultades y energías nuevas. Es menester que adquiera conciencia de ello, para que lo active y promueva en sí más que por actos y renunciaciones en el terreno de las leyes y preceptos, que lleva al egocentrismo, por el contacto con Dios mediante la caridad y la religión. Sintiendo «santo, de raza escogida, de regia alcurnia sacerdotal» (1 Petr 2, 9), connaturalmente procederá como quien es, porque «el obrar sigue al ser»; y de esa manera una moral cristocéntrica, impregnada de las realidades sobrenaturales que nos enseña el dogma, vitalista, positiva, como la que delinearán los autores citados, contribuirá a superar victoriosamente la crisis de la sociedad moderna que no siente a Jesucristo.

Creemos haber interpretado en las líneas precedentes lo mejor del pensamiento y de los móviles que hicieron escribir esas tres obras, menos constructivas que reveladoras de deficiencias. Reconociéndoles puntos de vista interesantes e instructivos, que les agradecen sin duda todos los moralistas, y mostrando nuestro acuerdo con su orientación general y con sus anhelos, no podemos aprobarlas ni seguirlas en buena parte de sus postulados concretos.

Ciertamente conviene un empleo y explotación mayor de la Sa-

grada Escritura y de los Santos Padres en la enseñanza de la moral; pero el exceso de materia que recae sobre esta disciplina hace que deba pensarse en llamar en su auxilio para este cometido a la exégesis, pidiéndole que elabore con mayor profusión una teología bíblica que, junto con el aspecto dogmático, considere los problemas morales; en este punto aún está casi todo por hacerse. El exceso de casuística es muy fácil echarlo en cara desde fuera; pero los que dentro de las aulas tienen que explicar la moral, sea insistiendo en el análisis, sea recurriendo a las síntesis según el gusto de la época, les dirán que los discípulos reclaman desesperadamente el aterrizaje frecuente en los campos de la casuística, porque el análisis les resulta demasiado abstracto y la síntesis demasiado etérea para aplicarla a las realidades prácticas, por arrebatadora y sugestiva que se les presente en la cátedra.

Otro reparo, el del carácter negativo de prohibiciones, desalentado de preceptos, frío de disquisiciones abstractas y clasificaciones sin vitalismo cristiano, puede parecer digno de consideración por parte de los moralistas: es un deber presentar las exigencias morales en forma estimulante, porque Jesucristo es en sí un ideal arrebatador, capaz de atraer al ejercicio de la vida sobrenatural, desdeñando el minimalismo de un sortear los malos pasos que pudieran ser mortales; y tiene una gran fuerza psicológica el proponer a las almas conscientes de su dignidad de hijos de Dios la práctica de unas virtudes que las asemejen más y más a El, y les hagan vivir teocéntricamente al preocuparse de su progresiva divinización, en vez de empequeñecerse en un mundillo asfixiante de prescripciones y prohibiciones que les mantenga en un egocentrismo esterilizador.

Sin embargo, hay tal vez más de apariencia que de realidad en esta sugerencia. El profesor de moral tiene que atender, ante todo, a formar buenos directores de conciencia y buenos confesores; para ello ha de ilustrar sus inteligencias precisando conceptos y anatomizando cuantitativa y cualitativamente los actos humanos desde el punto de vista moral. Si logra hacer esto con el calor de una caridad ardiente que prenda en los demás y con una devoción personal a Jesucristo, que le lleve a pensarlo y decirlo todo en la relación que tiene con la doctrina y vida de nuestro Señor, tanto mejor; pero es muy posible que por este procedimiento pierda en eficacia didáctica. El alumno es, por lo general, muy pasivo; y en su pasividad tiende por instinto a la simplificación. Oyendo a un maestro de moral que hace una exposición cálida y parenética de las realidades morales, saldrá del aula animado a ser bueno; pero sin haber aprendido cómo debe juzgar tal o cual coyuntura que no le toque a él personalmente. Cuando éramos estudiantes tuvimos un profesor magnífico que se entusiasmaba al explicar sus tesis favoritas de dogma y, sin querer, lucía sus dotes oratorias. Reflejamente nos teníamos que poner en guardia para recibir con espíritu crítico y sopesar las afirmaciones hechas en aquel entu-

siasmo; y más de una vez las encontrábamos un poco exageradas, como las hubiera encontrado probablemente el mismo profesor en otro estado de ánimo. Para ser plenamente objetivo en una cátedra de estudios superiores creemos que se debe renunciar a la brillantez y al entusiasmo que alucinan de momento a catedrático y alumnos, con mengua de la formación ideológica.

Aún queremos hacer otra observación importante a propósito del reparo que comentamos. Pío XII habló en un Mensaje al mundo de un reproche lanzado al Cristianismo, acusándolo de no haber «sabido cumplir su misión». Y al rebatir la acusación, lo hizo afirmando que «los hombres se han rebelado contra el cristianismo verdadero y fiel a Cristo y a su doctrina; se han forjado un cristianismo a su talante... que no repugna a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro... y a la soberbia de la vida...»<sup>8</sup>.

El achaque de este cristianismo, «nuevo ídolo que no salva», «religión sin alma» según la expresión del Papa, no está precisamente en el desconocimiento o desvío del Creador; más bien supone que los cristianos están «afectados» favorablemente respecto de su Dios y de su religión. Lo que falla son las obras de vida cristiana, el cumplimiento de los preceptos divinos y la represión de los vicios. Instintivamente piensa uno en el dicho de Jesús en el Evangelio: No el que me dice: «Señor, Señor» con gran emoción afectiva, sino el que cumpla mis mandamientos con efectiva fidelidad, ése es el que entrará en el Reino de los cielos (Mt 7, 21). Sin querer se nos vienen asimismo al recuerdo otros dos discursos en los que el Padre Santo se refirió a la conciencia moral y a su formación. En ellos volvió a insistir en las enseñanzas de Jesucristo sobre nuestros deberes morales y sujeción a los mandamientos, poniéndolos «como piedra de toque y señal distintiva del amor hacia sí mismo», y condenó el existencialismo ético que «se entiende directamente con Dios»; no el Dios de la ley, sino el Dios Padre, «al que el hombre debe unirse con amor personal», cuidando de proceder con intención recta y con plena sinceridad en su presencia, y menospreciando la norma objetiva de la ley y los cánones de las normas y reglas abstractas. Semejante «moral de situación» es declarada por el Papa «totalmente fuera de la fe y de los principios católicos»<sup>9</sup>.

Naturalmente estamos muy lejos de atribuir a los autores que analizamos contacto alguno con la «moral nueva». Expresamente reconocen que la moral evangélica, enseñada auténticamente por la Iglesia, es inmutable; y sólo buscan una adaptación a las mentalidades y

<sup>8</sup> Mensaje radiofónico del 24 de septiembre de 1941: AAS 34 (1942) 12-13.

<sup>9</sup> Discursos del 23 de marzo y 18 de abril de 1952: AAS 44 (1952) 273-275; 414-416.

a los problemas de la hora presente. Pero sus intentos de renovación se mueven en un clima apto para que prosperen esas tentativas de moral nueva, más sugerente y más estimulante sin duda, pero menos conforme con las normas de renuncia, custodia fiel de los mandamientos y sumisión a la voluntad de Dios manifestada en los dictámenes de derecho natural y positivo que nos enseña el Evangelio.

En consecuencia juzgamos que, reduciendo previamente a sus justos límites no pocas exageraciones de Leclercq, sus sugerencias pueden ser aceptadas para cuando el sacerdote, formado en la enseñanza tradicional de la teología moral, la vulgariza y comunica vitalmente al pueblo. No juzgamos como Thils que corresponde al catedrático, como tarea principal, la de hacer una elaboración subjetiva de la moral tradicional, en un maridaje de ciencia y arte, para exponerla a sus alumnos haciéndoles sentir su valor vital y su fuerza para influir en la reforma de costumbres. De esta suerte entusiasmaría, tal vez, y elevaría la tónica espiritual de sus discípulos, pero no formaría los directores y confesores que necesita el pueblo cristiano; y las consecuencias serían catastróficas. Entonces sí que se impondría la moral nueva, porque se perdería el criterio de la tradicional.

En cuanto a las insinuaciones de Delhaye, reconociendo el acierto de muchas de ellas, tenemos que rechazar no pocas afirmaciones injuriosas para los moralistas, que suponen falta de conocimiento exacto de la realidad. Por ejemplo, el moralista hace muy bien, no puede menos de hacerlo así, cuando examina si en tales o cuales circunstancias deja de ser obligatoria la norma de la caridad por un inconveniente que excusa de atenderla; y Jesucristo no miró las cosas bajo otro ángulo, ni *mandó* dar la vida por nuestros hermanos. Muy bien que se llegue razonablemente hasta ese extremo de amor; pero está bien, asimismo, saber a qué está uno obligado y dónde empieza la obra de virtud recomendada. ¿Ha reparado Delhaye en que la Iglesia remite para la cantidad y calidad de lo que se puede tomar en el desayuno y colación los días de ayuno a la costumbre aprobada en cada lugar? Entonces ¿no es un deber de los moralistas el consignarla en sus manuales, y un deber de los predicadores el declarársela al pueblo, sin contentarse, como él insinúa, con exhortar generalmente al espíritu de mortificación? Porque el Papa daba como una nota de la ética nueva que «en la determinación de la conciencia cada hombre en particular se entiende directamente en Dios y delante de El se decide sin intervención de ninguna ley...»<sup>10</sup>.

\* \* \*

<sup>10</sup> AAS 44 (1952) 415-416.

d) En estos últimos años se ha hablado mucho de la virtud de la caridad en relación con la Moral y con su exposición. Obra fundamental y luminosa en este sentido es la del Jesuíta belga Gerardo Gilleman sobre la primacía de la caridad en la teología moral<sup>11</sup>. Las relaciones contraídas con la ética natural y con el derecho positivo, la disgregación del dogma en una sistematización demasiado filosófica, el carácter negativo y la tendencia a ocuparse sobre todo de los pecados en el afán de preparar confesores para administrar la penitencia, han hecho que nuestros Manuales de moral ya no den la parte que le corresponde al tema central de la vida cristiana según la Sagrada Escritura y los Santos Padres: a la caridad, que es forma de todas las virtudes y tiene que comunicar a nuestra moral una unidad dinámica y características específicamente cristianas.

Por eso se aplicó Gilleman a la búsqueda del modo de aplicar a la ordenación de los tratados morales el principio universal de la caridad, forma de las virtudes, y a establecer los principios de un método expositivo en que lograra la caridad en la enseñanza de la moral la misma función vital que desempeña en nuestra vida cristiana y en la revelación de Jesucristo, como principio que anima e informa todas las virtudes. Su fin era metodológico, señalar la manera cómo se puede aplicar prácticamente esta tesis en la exposición oral y escrita de la moral. Pero precisamente la tercera parte de su obra, que quiere ser la ilustración práctica de su pensamiento, resulta poco metódica; y no creemos que su aceptación por los expositores de la teología moral ayudase más a la formación de las conciencias que el método tradicional.

Como el P. Gilleman, también René Carpentier quiere establecer la caridad como principio básico de la moral, suscribiendo y completando los mismos puntos de vista<sup>12</sup>. Y las ideas de entrambos hallan favorable acogida en su país<sup>13</sup> y en otras partes<sup>14</sup>.

La obra de Gilleman no tiene exageraciones ni reproches injustificados. Su hermosa exposición sobre el primado de la caridad ayudará, sin duda, a comprender mejor la estructura general y los caracteres específicos de nuestra moral cristiana. Pero dudamos de la eficacia que pueda tener para renovar un método de exposición que fundamentalmente no puede ni debe cambiarse a nuestro juicio, porque sólo él garantiza el aprendizaje exacto de las enseñanzas que tienen que

---

<sup>11</sup> G. GILLEMAN, S. I., *Le primat de la charité en théologie morale* (París 1952). Véase también su artículo: *Théologie morale et charité: NouvRevTh* 74 (1952) 806-820.

<sup>12</sup> R. CARPENTIER, *Vers une morale de la charité: Greg* 34 (1953) 32-55.

<sup>13</sup> Véase *Rev. diocés. de Namur* 7 (1953) 190-191; *Collect. mechlin.* 38 (1953) 237-238.

<sup>14</sup> Véase *EphThLov* 29 (1953) 184-185; 510-511; J. FUCHS, *Die Liebe als Aufbauprinzip der Moraltheologie: Schol* 29 (1954) 79-87.

apropiarse nuestros alumnos. Y una prueba práctica de esto pudiera darnos O. Schilling, cuyo texto de moral considera la caridad como fundamento y principio que domina toda la exposición y la realización de la moral cristiana, sin que por ello pretenda o logre un método de enseñanza que difiera visiblemente de los tradicionales<sup>15</sup>. Si lo adoptara creemos que perdería en eficacia para la enseñanza, aunque acaso ayudara para la predicación, supuesto el aprendizaje hecho en las obras de corte clásico<sup>16</sup>.

No querríamos dejar la impresión de que nos oponemos a una moral cristocéntrica, a una moral de caridad. Estamos íntimamente convencidos de que lo que hemos de enseñar no debe limitarse a bosquejar un ideal de vida puramente humano, como para realizar el perfecto caballero de la moderna sociedad, una especie de santo laico, logrado sin el modelo imprescindible de toda santidad verdadera, que es Jesucristo, y sin la ayuda indispensable de la gracia y de la caridad, que ha de informar toda virtud auténtica.

En ese sentido reclamamos imperiosamente la presencia de Jesucristo y de la caridad divina en la moral cristiana. Jesús es el camino y la luz. A El tenemos que dirigirnos; y del fulgor de su vida nos tenemos que valer en nuestra enseñanza. La caridad es el impulso vital, el dinamismo indispensable para que nuestros actos se desarrollen en el plano debido y merezcan consideración por parte de Dios, en vez de malograrse en el orden natural como briosos impulsos y carrera impetuosa fuera del verdadero camino de la ley de gracia.

Pero nos preocupa la simpatía excesiva por la moral del *domine, domine, aperi nobis*, del *ama et fac quod vis*. Vivamos enhorabuena a Jesucristo y revistámonos de El; dirijamos a ese fin la enseñanza y el aprendizaje de la moral y cifremos nuestra vida en amar a Dios con todo el afecto de nuestro corazón y con todo el empuje de nuestra alma. Y demos también a los mandamientos externos el valor y el sentido que les corresponde, de estar al servicio del germen interior de santidad que posee en nosotros la caridad infundida en el alma justificada. Es el sentido de la observación profunda de Santo Tomás: «Lo más fundamental de la nueva Ley, lo que le confiere toda su fuerza, es la gracia del Espíritu Santo, conferida por la fe en Jesucristo... Por lo cual diremos que la ley nueva es principalmente una ley innata en el corazón y secundariamente una ley escrita»<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Véase O. SCHILLING, *Handbuch der Moraltheologie* 2 (Stuttgart 1952). IDEM, *Das Prinzip der Moral*: ThQschr 119 (1938) 419-426 y *Mein moraltheologisches System*: ibid. 132 (1952) 288-296.

<sup>16</sup> Con sano sentido de la realidad rechaza F. Clark, S. J., las manidas observaciones de minimalismo, ciencia de pecados, divorcio del dogma, descuido de la perfección, etc. V. *The Challenge to Moraltheology*: Clergy Review 38 (1953) 214-223.

<sup>17</sup> *Summa theologiae*, 1-2 q. 106 a. 1.

Pero ley al fin y al cabo. Ley que es principio de verdadera libertad, porque nos impulsa a mantenernos en el recto orden, pero ley también que nos determina una serie de deberes morales y nos esclarece una serie de normas de conducta que sólo se cumplen entrando por la puerta estrecha de los preceptos, siguiendo el camino angosto, guardando los mandamientos, trabajando con temor y temblor en la obra de la salvación.

Lo cual quiere decir que no podemos dejar en segundo plano, al proponer la moral cristiana, los preceptos divinos y humanos que nos han de asemejar a nuestro divino Modelo, que no podemos entusiasrnos tanto ponderando absortos la excelencia de la caridad, que abstraigamos de la triste realidad de muchos al intentar entrar por la puerta estrecha sin lograrlo, según la observación del Señor.

\* \* \*

La decadencia de la teología moral en los siglos XVII y XVIII coincidió con las acaloradas disputas en torno al Probabilismo y al Probabiliorismo, que tantas energías consumieron en resolver un problema que no merecía semejantes discusiones y que desvió, además, la atención de su verdadera naturaleza teológica a cuestiones jurídicas sobre el sentido y alcance de las leyes dudosas, discutiéndolas a la luz de principios jurídicos y puramente racionales.

Pudiera suceder que el resurgimiento de la moral, que se iba manifestando desde las últimas décadas del siglo XIX en excelentes obras de todos conocidas, sufriera también un entorpecimiento, y acaso un retroceso, si los autores de teología moral tomaran demasiado a pechos el acomodarse a los nuevos métodos que se les insinúan.

Que los adopten enhorabuena cuando quieran acomodar las enseñanzas morales inmediatamente para el mundo seglar con sus problemas y su cultura, tratando de moverle a las virtudes cristianas al mismo tiempo que le instruyen sobre el alcance e influjo de las mismas en una vida que quiere imitar la de Jesucristo. Entonces pueden combinar la teología bíblica y la moral cristocéntrica, los preceptos y prohibiciones estrictos con las normas positivas, la síntesis animada y la exposición kerigmática para despertar el entusiasmo y arrebatar las voluntades hacia la imitación de Jesucristo en la práctica de la caridad. Pero para que pueda hacerse esto con exactitud doctrinal y con eficacia pastoral, tiene que haber precedido un estudio objetivo, sobrio y sereno, según el método tradicional. Apropiaada la ciencia moral exacta y precisa, podrá y deberá hacer cada cual la síntesis, viviéndola en sí y acomodándola a las circunstancias concretas en que tenga que exponerla a un auditorio.

San Alfonso M.<sup>o</sup> de Ligorio, doctor de la Iglesia y patrono dado recientemente por ella a confesores y moralistas, murió tranquilo porque dejaba «una moral completa y uniforme, como siempre lo había

deseado»; una moral apta para formar confesores y directores de almas, como lo había sido él mismo en grado eminente gracias a ella. En esa moral se formaron San José Cafaso, San Juan Bosco, San Juan Bautista Vianey, San Antonio M.<sup>a</sup> Claret, San Vicente Strambi, San Clemente Hofbauer, cuya proximidad a nuestro mundo de hoy puede hacer reflexionar un poco a los que afirman con tanta resolución que nuestra moral está pasada de moda y que es menester renovar su exposición para que haga fruto en el pueblo cristiano.

La Iglesia en 1950 no encontró mejor modelo de confesores y moralistas que el autor de una *Theologia moralis* nacida de otra *Meddulla theologiae moralis*, y como ésta concebida y ordenada con unos tratados fundamentales sobre la ley y la conciencia y una exposición de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Por lo tanto el método clásico para exponer la moral, así ensalzada por la Iglesia y tan elocuentemente acreditado en esos grandes promotores de la vida cristiana que hemos enumerado, no debe de ser tan inadaptado y tan ineficaz como se afirma a veces.

Tenemos la impresión de que se ha desorbitado el problema de la enseñanza de la moral. Dígasenos que debe inspirarse más en la Sagrada Escritura y en el Magisterio vivo y en la Tradición patristica; que tiene que ser positiva e impulsar a la virtud al mismo tiempo que disecciona los pecados; que, dentro de las escasas posibilidades que deja el acopio excesivo de materia, ha de atender también a los consejos y normas de perfección cristiana; que no puede contentarse con determinar cuáles son los límites de la justicia en las cuestiones sociales, sino que le incumbe el señalar la norma completa que ha de guiar las conciencias cristianas a impulsos de la pobreza de espíritu, de la caridad fraterna, de la piedad para con quienes están solidarizados en una misma empresa, etc., etc., y reconoceremos que es una gran verdad. Pero de ahí no se sigue que se haya de revolucionar el sistema de enseñanza. Si llegara a prevalecer esta tentativa, recibiría un golpe fatal la exposición científica y objetiva de la moral cristiana. Y la «nueva moral», que hoy no es más que una aberración práctica en quienes carecen de buena formación teórica, encontraría entonces en la misma exposición doctrinal, si no la causa, sí la ocasión propicia para defender sus aberraciones.

M. ZALBA, S. I.

Facultad teológica de Oña (Burgos).